

### **LO QUE ACONTECIÓ EN PEÑAS. CAPTURA Y EJECUCIÓN DE TUPAC CATARI.**

El mismo día 7 de noviembre de 1781 en que termino la instalación de los ejércitos auxiliares en el santuario de Peñas, se supo, según cuenta Esteban de Loza en su diario, que Julián Apaza, Juan de Dios Mullupuraca y Tomas Inga Lipe, el malo o el menor, “despreciando el indulto, estaban en el pueblo de Achacachi alborotando a los naturales de él, para que continuasen en la rebelión” (AGI, Charcas 595)

¿Entre tanto, que había sucedido con Tupac Catari?

En la zona de chucuito se había levantado en favor del monarca español Miguel Sonco o Guamansongo, antiguo coronel de los Amaru, logrando que los siguieran los indios de las regiones de Copacabana, Huarina y Yunguyo. Diego Cristóbal Tupac Amaru había mandado para castigarle a Mullupuraca, el mismo que con Quispe el Mayor trato de detener la marcha de José de Reseguín a La Paz. Mullupuraca había sido vencido, cayendo prisionero en manos de Sonco, como se puede apreciarse en una carta sin fecha que le escribió a Bastidas, contando le que estaba en manos de Guamansongo “sufriendo prisión fuerte, sin poder resolver los ojos, con bastantes guardias” (AGI, Buenos Aires 319, C. N°3).

Liberarle y presentar batalla al caudillo indígena realista Sonco Para someterle el pretexto que encontró Tupac Catari para dejar Peñas y no oír más la voz de Bastidas, quien intentaba convencerle de las ventajas de celebrar la paces. Julián Apaza, altivo, orgulloso, empecinado como era, nunca admitió tal cosa. Lo dice la propia mestiza Agustina Serna, la querida de Bastidas, cuando afirma que ella oyó a todos los del campo de su prometido que “el motivo de no pedir perdón” fue lo que movió a Tupac Catari a no presentarse (ibid.: C. N° 5).

Algunos de los prisioneros de Peñas sostienen que Tupac Catari había ido a Copacabana por mandato de Bastidas. Sin embargo, la negativa de Bastidas y sobre todo el testimonio de los que le acompañaron demuestran que no fue así. Según el negro Gregorio González, un esclavo cogido prisionero por los sublevados en La Paz, que había llegado a convertirse en confidente de Bastidas, Tupac Catari fue por su cuenta a Copacabana después de haber meditado el proyecto de día y de noche, González añade todavía que el mismo lo empujó a ello, pensando en que así Julián Apaza no entorpecería la celebración de las paces (ibid.: C. N° 2).

EL Catari afirma en su confesión que, cuando se trataba el perdón, decidió ir a Copacabana desde Peñas y fue por propia iniciativa ya que Bastidas nunca pudo persuadir de acudir al perdón (AGNA, 9/21-2-8).

Basilio Angulo, amanuense de Julián Apaza, declara que estando siempre junto a él “le siguió al pueblo de Copacabana últimamente” (AGI, Buenos Aires 319, C. Nº2; que en Tiquina preparo un auto para convocar a los indios de Desaguadero para que fueran a prender a Guamansongo en Chucuito; que en Copacabana escribió otro para llamar a los indios de Yunguyo, Los dos eran a nombre de Tupac Catari, aunque en el primero incluyo también el de Bastidas. Afirma que Julián Apaza marchó con 21 fusileros (ibid.: C. Nº1).

Se sabe, por otros documentos, que llevo también un pedrero, pero nada se dice, en cambio, sobre la cantidad de indios que le acompañaron. Solo se menciona entre los importantes a Inga Lipe el Menor. Posiblemente los sondados no eran muchos, puesto que hizo redactar esos autos de convocatoria. Lo cierto es que Tupac Catari realizó con escaso número de hombres sus últimas actividades militares en Copacabana, donde Guamansongo le infringió derrota, obligándole a retroceder y salir de la provincia Chucuito, persiguiéndole hasta las cercanías de la estancia de Aychuhuyo. En todo caso, se ve que logro liberar a Juan de Dios Mullupuraca, porque con el Inga Lipe se dirigió a Achacachi para “alborotar a la gente”, como ya se ha visto. Está claro que los tres caudillos evitaron pasar por Peñas, donde parecía reinar una paz idílica según le decían las cartas de Gregoria, su hermana, y de Bastidas, como se ha anotado en otras partes de este libro, invitándole a acercarse allí para que alcanzara también el ansiado perdón.

De los combates propiamente tales, que se dieron entre Guamansongo y Julián Apaza, no se sabe ningún detalle. Los prisioneros de Peñas se limitan en sus confesiones a referirse a la ida de Tupac Catari a Copacabana, así como su derrota. El propio Julián Apaza no explica nada más. Cabe preguntarse: ¿Cómo pudo un coronel, no muy famoso hasta entonces, vencer tan fácilmente a un avezado guerrero y estratega? Sin embargo, la respuesta parece ser bastante evidente: Tupac Catari contaba por entonces con escasos hombres; casi todos los suyos, ante el avance de Reseguín, retornaron a sus tierras o acudieron al perdón. Los indios de Desaguadero, Copacabana y Yunguyo conocían perfectamente el indulto del virrey Jáuregui; por lo tanto, no solamente no acudieron a las nuevas llamadas de Tupac Catari, limitándose al sosiego, sino que, dando un paso más, prefirieron asegurar su salvación adhiriéndose a Sonco, que ya desde antes de las paces de Patamanta se había enemistado con Diego Cristóbal Tupac Amaru, llegando en su actitud no solo a negarle obediencia, sino a pararse al campo español para luchar junto a los ejércitos del monarca contra sus antiguos aliados.

Es de creer que Tupac Catari no ignoraba que las posibilidades más seguras eran las de su derrota, pero que prefirió arriesgarse con tal de no verse obligado a solicitar unas paces y un perdón que rechazaba desde lo más íntimo de su ser.

El 7 de noviembre los vecinos habían entregado aparentemente todas las armas; no habían cumplido, en cambio, con la promesa de entregar a Tupac Catari. Por el contrario, Diego Quispe el Mayor, según algunos por orden de Bastidas, según por otros por propia iniciativa, le advirtió de que no se presentara en Peñas porque caería en la misma trampa que ellos. Esta carta fue descubierta en Achacachi por Inga Lipe el Mayor, o el Bueno, quien la envió de inmediato a Reseguín. Tal carta y otras con que acompañó él envió el antiguo coronel de Tupac Catari, así como el hallazgo de un pedrero y otras armas de fuego que no fueron entregadas después del acuerdo de Patamanta, fueron el motivo, como se verá más adelante, para que se cayera sobre todos los jefes perdonados que estaban en Peñas, cargándoseles de grillos.

Ante un nuevo aviso de Inga Lipe, ordeno el comandante Reseguín, el día 8, que se aprontase una compañía de cien hombres al mando de Mariano Ibáñez para partir a Achacachi en el momento necesario. Para ello se había acordado con el Inga Lipe de las luchas de Sorata que este entretendría a Tupac Catari “fomentando sus inclinaciones desordenadas” hasta que llegaran las fuerzas de Ibáñez. Esteban de Loza cuenta en su diario “luego que tuvo aviso que para aquella noche estaba dispuesto un baile con mucha prevención de bebida para dicho rebelde”, Mando Reseguín que saliese Ibáñez con la gente seleccionada para el caso. Añade el escribano que:

[...] estuvo el rebelde hasta la una de la noche divertido y enteramente entregado a sus placeres, pero que en aquella hora remordiéndole sin duda, sus atroces delitos, empezó a entregarse al sentimiento, asegurando que no le quedaba duda de que Miguel Tupac Amaru lo entregaba y saliendo furioso mando ensillar sus mulas en aquel instante y quiso seguir su ruta para Azángaro (ibid.).

Julián Apaza sospechoso entonces de Bastidas, el coronel quechua, y no de su antiguo partidario Inga Lipe, que fue quien le traiciono arreglando su entrega los españoles, posiblemente como una consecuencia de las paces de Patamanta que él no había firmado, con lo que llego mucho más allá de las intenciones de Bastidas y los coroneles firmantes, quienes no se sintieron comprometidos ni obligados q entregarle. Loza cuenta que “este indio principal” de Achacachi procuraba por todos los medios retenerlos, pero como no lo logro:

[...] viendo no había otro arbitrio, observaron en camino que llevaba y habiendo llegado después de don Mariano Ibáñez, le siguieron y lograron aprehenderle la mañana del día 9 en el territorio de Chinchayapampa, cinco leguas distantes de Achacachi, hacia la parte Azángaro, acompañado de su amasia María López y cuatro de sus fusileros suyos que le escoltaban (ibid.: fol. 35)

Mientras tanto, en Peñas las cosas tomaron otro cariz. A la cortesía, la afabilidad y a las atenciones iniciales sucedió una actitud de recelo, desconfianza y sospecha. Algo pasaba en uno y otro campo. No había duda de que algo se había tramado entre los coroneles. Francisco Tadeo Diez de Medina, por su lado, se encargaba de agitar el ánimo de Reseguín para hacerlo recelar de cada acción de los antiguos jefes rebeldes. El comandante, por otra parte, sufría una de las peores crisis de su malaria y no estaba en condiciones de calmar los ánimos ni de exigir un verdadero cumplimiento de los acuerdos de Patamanta. De allí que, como lo cuenta Esteban de Loza en su diario, Reseguín paso oficio al ministro Diez de Medina “para que entendiese en el conocimiento de las causas iniciadas” (ibid.) con motivo de ciertos papeles encontrados en las casas habitadas por los rebeldes más importantes. Estos documentos demuestran que Bastidas y los coroneles habían escrito a Tupac Catari, Mullupuraca y tomas Inga Lipe para que no se acercaran a Peñas a solicitar el perdón, contrariamente a lo ofrecido en Patamanta. Con ello se comprendió que no tenían ninguna intención de perseverar en lo acordado con Reseguín. En vista de la solicitud del comandante (AGI, Buenos Aires 319, C. Nº 1), Diez de Medina ordeno a las siete de la tarde del día 9 prender a Miguel Bastidas, a los coroneles y los escribientes, a Gregoria Apaza y a otros de los “principales secuaces” (ibid.).

Los motivos de la detención los señala el propio oidor en un informe al virrey Vertiz (AGNA, 9/21-2-8) y podrían reunirse en los siguientes puntos:

1º Los coroneles no entregaron todas las armas, pues las ocultaron en sus casas; 2º No entregaron los cañones; 3º Inga Lipe el Malo, que venía al perdón, retrocedió en vista de una carta que le escribió Quispe el Mayor; y 4º Este Quispe y los otros coroneles estaban en preparativos para huir clandestinamente como lo hizo Manuel Vilca Apaza, que había firmado las paces de Patamanta.

Para apresarlos, le escribió Diez de Medina al virrey, procedió por el “bien de la publica tranquilidad” y los prendió con disimulo llamándolos uno a uno. Al reprocharles las culpas reconocieron, denunciándose entre sí. Todos juntos fueron al cuarto de Miguel Bastidas, “que se disimuló enfermo” y negó haber ordenado escribir aquella esquela a Inga Lipe y a Tupac Catari. En definitiva, se les aprehendió a todos y se les confiscaron bienes, armas y papeles.

El 10 de noviembre a las tres de la tarde, anota Esteban de Loza en su diario, llego el capitán de Saboya Mariano Ibáñez, conduciendo “al formidable reo” (AGI, Charcas 595) Julián Apaza, a su amasia y a su comitiva, asegurando que los coroneles de Juan de Dios Mullupuraca e Inga Lipe el Malo habían logrado escapar de Chinchayapampa.

El día 11 de noviembre se tomó declaración y confesión a dos de los presos, los escribientes de Bastidas “para sacar el cuerpo del delito contra los reos principales” (ibid.). Ese mismo día los soldados del auxilio encontraron en una vivienda del pueblo de Peñas un cañón de a seis enterrados. Con el hallazgo se comprobó, según Loza, “la falta de verdad con que procedieron Miguel Bastidas y sus coroneles, pues aseguraron repetidas veces [que] no tenían cañón alguno cuando el señor comandante les recombino para la entrega” (ibid.). Hay que recordar, sin embargo, que durante la celebración de los acuerdos de Patamanta los jefes rebeldes se escurrieron siempre que se trató el tema de los cañones, refiriéndose en el documento solo a las armas de fuego y desentendiéndose del asunto cuando Reseguín quiso apremiarles sobre el tema.

El día 12, a las dos de la mañana, mando el comandante conducir a la ciudad de La Paz a los 29 reos que conformaban el grupo de Bastidas, sus coroneles, capitanes, escribanos y amasias, escoltados, según el diario de Loza, por Manuel Tomas Franco, coronel de milicias de aquella ciudad, voluntarios y algunas tropas. No obstante, se sabe por otros documentos (AGI, buenos Aires 319) que quien llevo a los reos a La Paz fue José de Santa Cruz y Villavicencio, padre de Andrés de Santa Cruz y Calahumana, el entonces futuro protector de la confederación Perú-Boliviana, acompañado de Franco, milicianos de Tucumán y naturales de Paria.

El 13 de noviembre, añade Loza en su diario, se dedicó enteramente a la confesión de Tupac Catari. Cerca de las 12 de la noche Diez de Medina. Como auditor de guerra y en mérito de la confesión:

[...] pronuncio sentencia definitiva contra el referido Julián Apaza condenándole a la pena de muerte y que fuese sacado de la prisión arrastrado de la cola de un caballo, con soga de esparto al cuello y conducido a la plaza pública donde se le había de despedazar por cuatro caballos y que después de muerto se condujese la cabeza a la ciudad de La Paz y se tuviese en la horca por tres días y luego se colocase en el alto que llaman Quilliquilli, para publico escarmiento. Que el brazo derecho se remitiese al pueblo de Achacachi, el izquierdo al de Sica Sica, la pierna derecha al de Caquiaviri y la Izquierda al de Chulumani, para que se fijasen en los parajes más públicos. El tronco del cuerpo, que se mantuviese en la horca y después se redujese en cenizas y aventase (AGI, Charcas 595, fol. 39).

El 14 de noviembre Reseguín, como comandante general, confirmó la sentencia de Julián Apaza y “se le aplico perfectamente en todas sus partes” (ibid.: fol. 40) “todo lo que se ejecutó [fue] a presencia de un crecido número de indios que quedaron asombrados de aquel castigo aplicado a un indio que tanto habían respetado y que había tenido particular

habilidad para reducirlos a sus malignidades” (ibid.). Se conoce la descripción de la muerte de Tupac Catari solamente por este diario y por documentos oficiales basados en los informes de Loza y de Diez de Medina. No hubo, por su puesto, ninguna narración de lo ocurrido por boca de ningún indígena. Ni siquiera existen descripciones de algún conservador o de algún fraile, puesto de los acontecimientos se produjeron en un poblado vencido y convertido en cuartel de las tropas españolas.

En el capítulo dedicado al estudio de la figura del caudillo aymara se hizo un análisis de la reflexiones del secretario Loza.

Mientras sucedía todo esto, seguían acudiendo indios de muchos lugares al perdón, a quienes se amonestaba al concedérselos. No todos sin embargo, mostraban la misma sumisión, pues en la tarde del 13 de noviembre de 1781 debió salir Diego Quint Fernández Dávila con un destacamento de 200 hombres “a pacificar los ánimos inquietos” que subsistían en la provincia Larecaja y en el pueblo de Sorata.

El día 15 fueron condenados también a muerte y pasados por las armas los cuatro fusileros que acompañaban a Julián Apaza. De todo lo sucedido se remitió testimonio en el informe correspondiente enviado al virrey de Lima por duplicado, uno por la vía de Moquegua y otro por la de Arequipa. Otro informe semejante fue dirigido al presidente de Charcas para que, a su vez, informara al virrey de Buenos Aires.

En la misma tarde de ese día apareció en Peñas el nuevo aliado de los españoles, Tomas Inga Lipe el Bueno, llevando un cañón de a dos con su cureña, traído desde la estancia de Ancoamaya, en las orillas del lago Titicaca, donde lo había ocultado Julián Apaza cuando fue a combatir a Guamansongo en Copacabana. En esta ocasión Inga Lipe prometió prender a su propio hermano. Por todos estos méritos y sobre todo la eficaz ayuda proporcionada en la captura de Tupac Catari, el comandante general le declaró “Indio Noble y leal vasallo”, y como a tal le concedió la merced de la real medalla del rostro de su majestad (ibib.: fol. 41).

En 1782 aparece Inga Lipe no solo como titular de la medalla, sino también como alcalde mayor de Achacachi. El documento que lo muestra con tal dignidad permite ver, en cambio, que no logro gozar del respeto de su propia gente, pues en esta ocasión comunico Inga Lipe a Ignacio Flores que el título que se le había concedido en noviembre de 1781 le fue arrebatado cuando asalto este pueblo el rebelde Mariano Tupac Amaru con sus coroneles “y entre ellos mi hermano menor; después de haberme dejado por muerto se llevaron mi dicho mi título” (ANB, Paq. Nº 5, m/35 1782). El alcalde mayor pedía también en dicho documento que se habilitara nuevamente en resguardo de su derecho. Lo que se le concedió el 2 de julio de 1782.

El 16 de noviembre de 1781 José de Reseguín paso nuevamente oficio al ministro Francisco Tadeo Diez de Medina para que continuase en La Paz con la cusa de los 29 reos, previniendo al mismo tiempo al comandante de aquella ciudad, Sebastián de Seguro, que le diese los auxilios necesarios durante la actuación.

La noticia del despiadado castigo aplicado a Tupac Catari tuvo sus efectos entre los agotados naturales, que siguieron acudiendo ante el comandante en busca de perdón. Por su parte, los jefes del ejército siguieron repartiendo circulares por todas las provincias franqueándoles el beneficio del perdón. No obstante, llegaron al campo militar cartas de caciques que se referían todavía a algunas batallas entre naturales rebeldes y fieles, en las que murieron hasta 200 indios que se habían apoderado de algunos pueblos, como el de Caqingora, entre otros. En cambio, San Adres y Santiago de Machaca, completamente humillados, pidieron el perdón por medio de sus curas.

El procedimiento de juicios largos y acuciosos practicados con los 29 reos llevados a La Paz no fue el sistema que se siguiera en. Es cierto que aquellos eran los que habían pactado en Patamanta y debía demostrarse si efectivamente habían violado las paces. Con los que cayeron en manos del ejército, sin haber acudido al perdón, se actuó en forma muy diversa, efectuándose exámenes rápidos de sus antecedentes, actuaciones y condena inmediata. Eso es lo que sucedió el 17 de noviembre de 1781, con 12 reos que cayeron presos; cinco de ellos fueron condenados a muerte por haber sido fusileros, sargentos y coroneles de Tupac Catari. Habían asistido efectivamente al cerco de La Paz, alistaron gente, mataron sacerdotes, robaron y saquearon. Fueron absueltos, en cambio, los otros, entre ellos el famoso plumario de los caudillos, el mestizo Idelfonso cuentas, porque sostuvo que solo escribía lo que le dictaban; así como María López, la famosa “Lupiza” que aunque:

[...] fue manceba del rebelde Julián Apaza, se le conoció falta de voluntad respecto de que la había sacado cautiva de la casa del cura de Sica Sica y hacia que le siguiese de puesto en puesto a fuerza de golpes y de martirios y que ella nunca se entrometió en los robos ni muertos del tirano.

Esta mujer no mereció juicio tan favorable en las declaraciones de Bartolina Sisa y Gregoria Apaza, como se demuestra en los capítulos dedicados a estas dos mujeres.

También en aquellos días se enviaron comisiones para facilitar el apresamiento de Juan de Dios Mullupuraca, del otro Inga Lipe y de Manuel Vilca Apaza, pues se supo que estaban por la provincia Larecaja. Los dos primeros pudieron huir cuando se prendió a Tupac Catari, pudiendo así salvar su vida. Inga Lipe el Menor alcanzo más tarde el perdón gracias a la influencia de su hermano. Mullupuraca, el temible coronel de otros tiempos, se pasó

al lado español más tarde, como puede verse en un alegato que hace el protector de los naturales contra los rebeldes de Mocomoco, que le mataron porque estaba actualmente “en servicio de nuestras banderas”, manifestando verdadero arrepentimiento (AGI, Buenos Aires 319, C. N°5).

El 19 de diciembre llegaron noticias de Carabuco y Ancoraimas, en la parte norte del lago Titicaca, haciendo saber que Diego Cristóbal Tupac Amaru venía con mucha tropa a combatir en venganza de la prisión de Miguel Bastidas y sus coroneles, los caciques fieles a la corona convocaron a sus tropas para hacer frente a nuevos alborotos, El comandante José de Reseguín, en cambio, escribió una carta al primo de José Gabriel amonestándole:

[...] a que se apartase de su loco frenesí y pasase a la ciudad de Cusco o a su presencia para rendir la obediencia al soberano, aprovechando del indulto general, porque de lo contrario no le sería difícil trasladar el ejército de su mando a la provincia de Azangaro a castigar se demasiada osadía, siendo lo más sensible derramar la sangre de los infelices naturales que obligados y seducidos entraban nuevamente a la rebelión (AGI, Charcas 595, fol. 45)

El día 21 se repitió el envío de otra carta a Diego Cristóbal Tupac Amaru, en los mismos términos de la anterior.

El 22 de noviembre se presentaron ante Reseguín los comandantes de las tropas cochabambinas, Pedro Ramón de Arauco, Jerónimo Lombera, Pedro Gari, Francisco Rebero y Ventura Vargas, para participar la gran desertión de sus tropas. Las que todavía permanecían en el lugar estaban dispuestas a fugarse, deseosas siempre de volver a sus casas, Estos soldados, escribe Loza, manifestaban siempre insubordinación e indisciplina; después de haber saqueado cuanto podían, hasta en las mismas iglesias, huían otra vez a sus tierras con las manos llenas.

El día 23 se decidió celebrar consejo de guerra, en atención a la situación de las tropas de Cochabamba:

[...] la extrema falta de víveres, la mucha desertión que habían tenido los otros cuerpos milicianos lo que había dejado reducido el ejército a solo 900 hombres , con pérdida de más de 3.500 mulas por lo riguroso de la estación y por falta de pastos y la suma desnudez en que se hallaban los soldados (AGI, Charcas 595).

Allí se resolvió por mayoría de votos que el ejército se retirara después de comunicársele la determinación al señor presidente Ignacio Flores.



El 24 de noviembre se recibieron noticias de Diego de Quint Desde Llabaya. Su expedición había tenido pleno éxito, sin necesidad de acometer a los naturales, se habían rendido los pueblos de Cambaya, Chuchulaya, Charazani, Sorata, Quiabaya y otros. Sus habitantes se habían comprometido a contener a los Tupac Amaru si llegaban a acercarse a esa zona. También en ese mismo día se supo, por los caciques de Carabuco y de Ancoraimos, que Mullupuraca e Inga Lipe el Malo estaban cerca del pueblo de Ambana, levantando otra vez a los naturales. Reseguín escribió a los caciques de los pueblos perdonados para que pusieran espías desde el río Guaicho en adelante y ante cualquier noticia se comunicaran para juntarse y ponerse a las órdenes de los caciques leales, para así resistir al enemigo común o retirarse en busca del ejército con el fin de que juntos acabasen con los rebeldes.

El día 25 en la tarde el ejército español emprendió la retirada del Santuario de Peñas a la pampa Corqueamaya, que distaba tres leguas, allí se les juntaron los comandantes de las fuerzas cochabambinas. Se reunió al ejército y se lo rodeó de guardias para evitar las fugas y los robos. Todo se hizo en medio de un aguacero y un viento tan terrible que no pudieron ni siquiera armarse las tiendas.

Al día siguiente Pedro Ramón de Arauco avisó al comandante Reseguín que, pese a todo el cuidado la tropa de Tarata había huido dejándole solo con sus criados. Los pocos cochabambinos que quedaban se amotinaron y fue imposible contenerlos.

Cuando se discutían tales problemas llegaron noticias del Alcalde Mayor de Zepita notificando que por Puno se sabía que Diego Cristóbal Tupac Amaru, con numerosa gente, inquietaba los ánimos en la provincia Chucuito. Se le previno que se reuniese con Guamansongo el mayor número de gente posible para oponerse a los rebeldes. Se hizo un llamado a la paz y se enviaron circulares para llamar el perdón a los indios de Pacajes, especialmente a los de Zepita y de Copacabana encargándoseles que se juntaran todos para oponerse a nuevos levantamientos. Esteban de Loza contabilizó aquella noche de los indios perdonados, los que llegaban al número de 8.636, sin contar a muchos de los pueblos y los Ayllus que se habían incluido en el perdón general liberado para todo el común. Con ellos, el secretario calculó en 35000 los indios perdonados.

El día 28 los caciques de Ancoraimos trajeron a un indio llamado Diego Callisaya natural de chico pueblo. El capitán y alcalde mayor de Diego Cristóbal, había acudido al perdón y después de obtenerlo se había dirigido a Azángaro para dar cuenta de lo acontecido a los Tupac Amaru, incitando a nuevos alborotos. Fue condenado a muerte.

El día 29 se pasó por las armas a un coronel y a un teniente general de Julián Apaza, uno de ellos después de haber sido perdonado había ocultado en su estancia de Aygachi a Tupac Catari.

Ese mismo día llegaron hasta el campamento 12 señoras principales de Sorata:

[...] que causaban la mayor lastima y compasión, así por verlas desposeídas de sus bienes así como por contemplarlas viudas, sin padre, sin hermanos ni parientes, pues a todos los mando degollar el día 6 de agosto de este año el tirano Andrés Tupac Amaru, haciéndoles sacar de la iglesia de Dios y poniendo su tribunal en el cementerio en compañía de la india Gregoria Apaza y sus coroneles [...] (ibid.).

Reseguín las hizo acomodar en una tienda. Esteban de Loza, después de hacer algunas consideraciones sobre Sorata y el caudal de oro y plata perdidos, además de los horribles crímenes cometidos en una de las mejores ciudades españolas desde Lima hasta Chuquisaca, cuenta en su diario que en la misma tarde y en la noche se allegaron 500 personas más, entre mujeres y criaturas, las que vivieron a pie, estropeadas y sin aliento. Se les acomodo “con cuanto permitía la escasas de víveres y comodidad con que se hallaba el campamento” (ibid.). Contaba cada una de las en medio de sus lágrimas todos los tormentos pasados, así como las atrocidades cometidas por los indios vencedores por el cerco de la ciudad de Sorata.

El día 30 se condenó a muerte a dos rebeldes aymaras: Andrés Bara y Martin Apaza, que habían sido llevados hasta el campamento por el alferez de milicias de La Paz, Francisco Vásquez quien había huido de Azángaro donde estaba prisionero. El primero había sido comandante de Tupac Catari en Chucuito. Este capitán había pasado con más de 2000 indios a la villa de Puno para los ataque de esa ciudad y de Chucuito, Juli, Pomata y Zepita. En todos los pueblos había robado y matado, llegando a intitularse virrey de la provincia de Chucuito, donde se mantuvo como señor absoluto, hasta que Guamansongo, comisionado entonces de Diego Cristóbal Tupac Amaru, se alzó con el mando de la provincia y le prendió. El otro Martin Apaza, ere primo hermano de Julián y había asistido a los ataque de La Paz, desde donde Tupac Catari le mando a Sorata a servir a Andrés Tupac Amaru. Desde allí este le envió a Azángaro. Diego Cristóbal le hizo coronel y le mando a Chucuito. Cometió allí y en los pueblos aledaños cuantiosos robos que destino al joven Andrés Tupac Amaru y a Miguel Bastidas, Cuando estos estaban en El Alto de La Paz.

En los días siguientes se recibieron nuevas solicitudes de perdón de parte de los curas de Chucuito, Moquegua y Larecaja. Se les libro indulto general.

El 2 de diciembre se recibió una carta del cura y de los caciques de Achacachi, avisando que se habían producido algunos ataques de indios rebeldes, que pudieron repeler con muerte de estos, pero que tenían noticias de que el rebelde Mariano Tupac Amaru estaba en el cerro de Calaguancané conmoviendo a los indios. De inmediato se libraron providencias a los leales de Achacachi, Ancoraimos y Carabuco para que todos hiciesen un

cuerpo y prendiesen y castigasen a los enemigos. A Mariano Tupac Amaru se le dirigió un auto mandándole, en nombre del Rey, que se abstudiese de aquellos actos y advirtiéndole que si pasaba un paso adelante se mandaría a degollar inmediatamente a Miguel Bastidas y a sus Coroneles:

[...] por las bastardías con que procedieron después de haberles concedido el perdón y que también se le iría a buscar con el ejército para castigar su insolencia, pues una vez que había faltado a lo ofrecido a que no se observase con él el tenor del indulto del Virrey de Lima (ibid.: fol. 153)

Ese mismo día llegó Diego Quint desde la provincia Larecaja trayendo a varias familias, con lo que pasaban de 1.200 las personas rescatadas de aquellas regiones. Traía también 16 reos, entre los que venía Juan Manuel Torres, que se hacía llamar Vilca Apaza y que era el mismo que fue hasta el Ingenio Viejo, enviado por Bastidas para tramitar las paces de Patamanta. También había concurrido a la ruina de Sorata y al cerco de La Paz, fugándose de peñas a la provincia Laceraja con más de 20 indios, con la intención de proseguir a Azángaro. Los indios leales le habían cogido en el camino, pero se les escapó más adelante. En Charazani volvieron a apresarlo cuando volvía a intentar levantar a los indios. Entre los reos estaba también Francisco Xavier Barriga, cholo de Arequipa y minero de Ananea, quien, según su propia confesión, había construido las represas de Sorata y La Paz. El jamás se había acogido al perdón. También estaba entre los presos Andrés Laura, unos de los principales comandantes de Andrés Tupac Amaru. Había levantado a la gente de las minas de Tipuani, luego había seguido a los Andes de Mapiri a tratar con los indios Lecos para que le ayudasen en el levantamiento. Andrés le nombro más tarde gobernador de Quiabaya y del Gran Paititi. Con los indios de Cahana y de Chacapa rodó todo el oro de Tipuani e inutilizó las labores. Los tres fueron condenados a muerte y después de pasárselos por las armas se decidió que se les colgasen una horca en el camino real, con un letrero en el pecho que manifestase sus delitos, lo que se cumplió exactamente.

El 4 de diciembre llegó a manos de Reseguín una carta de Diego Cristóbal Tupac Amaru, con fecha de 14 de noviembre, dirigida a un coronel Tomas Mullupuraca; en ella prescindiendo del perdón general librado por el virrey de Lima, ordenaba proseguir la guerra y degollar a ocho indios leales, entre ellos a Guamansongo. Se sacó testimonio de ella y se lo remitió al virrey de Lima y al presidente de Charcas, Ignacio Flores.

Por entonces, el ejército se hallaba reducido a 394 hombres, pues los oficiales y los soldados de Cochabamba y de Yungas habían desertado dejando a sus comandantes reducidos a sus criados y a unos pocos capitanes. Pese a la disminución de las bocas, no se contaba con víveres suficientes; los hombres estaban semidesnudos y sin mulas. Había

muchos enfermos picaba el escorbuto, pues se comía solamente carne salada. A pesar de ellos. Reseguín se mantenía en aquellos lugares para ganar tiempo por si se presentaba alguna oportunidad de continuar las operaciones para dar término a la pacificación de las provincias paceñas; así fue como, pese al descontento de las tropas, retrocedió dos marchas, con lo que perdió muchos días con tal de auxiliar a Achacachi y a Huarina que habían pedido ayuda.

El día 5 hizo pasar por las armas a 11 reos acusados de ladrones y de asesinos de la peor especie, dentro de la filas de rebeldes, ellos no habían acudido al perdón, sino más bien se habían escondido en las ásperas quebradas de la provincia Larecaja. De allí los había sacado el comandante Diego Quint, ayudado por los naturales.

Durante esa jornada Reseguín determino llevar el campamento hasta Vilaque, Retrocediendo tres leguas a pesar de que había decidido proseguir a Achacachi con la intención de coger a Mariano Tupac Amaru. Tal medida fue tomada en vista de que los soldados de Tucumán, que constituían la mayor fuerza de su tropa, dado que no quedaban más de 90 veteranos con 67 fusiles útiles, se encararon a sus comandantes sosteniendo que no podían pasar adelante pues estaban enfermos y no podrían vadear a pie muchos de los arroyos que según los planes del comandante debían cruzar.

Cuando realizaban la marcha hacia Vilaque se recibieron pliegos del presidente Lores, quien, conocedor de la situación en la que estaban, así como del estado de salud de Reseguín. Le ordenada retirarse y pasar a Cochabamba o a Chuquisaca a restablecerse definitivamente, le ordenaba asimismo dejar el mando en manos del teniente coronel Sebastián de Segurola, con las prevenciones que le pareciesen convenientes para la concentración de las provincias pacificadas y de las tropas que quedaban.

El 6 de diciembre llego a manos de Reseguín un papel escrito por Mariano Tupac Amaru a uno de los caciques leales de Achacachi, comunicándole maliciosamente que su venida estos lugares solo tenía como objetivo hacer publicar el indulto general del virrey del Perú y que, por lo tanto, si los españoles pretendían atacarle serian traidores de la corona, de modo que era conveniente que mantuvieran a su gente lista y la “alentase sin darlo a entender” (AGI, Charcas 595). En vista de ellos el comandante escribió a Mariano previniéndole que saliera de estas provincias, puesto que de otro modo pasaría a castigarle y no cesaría de perseguirlo hasta cogerlo y hacerle pagar sus delitos en el suplicio. Advertencia que al rebelde debió haberle tenido sin cuidado, conocedor como era de la verdadera situación del ejército auxiliar.

También aquel 6 de diciembre de 1781 llego hasta el campamento Pedro Lactosa, un francés quien, en declaración jurada, sostuvo que el rebelde Andrés Laura, el coronel ya

ajusticiado, había entrado con los indios de Challana y Chacapa de la Provincia Larecaja hasta Tipuani, prendiendo después de tres batallas a los españoles, europeos y mestizos que se hallaban en el lugar, enviándolos a El Alto de La Paz a manos de Andrés Tupac Amaru. Este hizo pasar por las armas a 13 de ellos, perdonándole la vida a él para que le sirviera como fusilero, haciendo todo el daño que pudiera a los de la ciudad, Cuando en octubre Andrés se había retirado a La Paz, le llevo cautivo con tres zambos y cholos hasta Azángaro, donde e sirvieron de ganaderos a Diego Cristóbal. Andrés y su tío permanecían en aquella ciudad, con lo que se vio que no era tan seguro que viniesen a atacar a los ejércitos del rey, puesto que solo contaban con 40 soldados, 21 escopetas y 13 cañones, además de numerosas lanzas y garrotes. También se refirió a la noticia ya conocida de que se habían dirigido a Chucuito Tomas Inga Lipe, Tomas Mullupuraca y Pedro Vilca Apaza a luchar contra los indios leales y perdonados. A Larecaja se había enviado a otro coronel y a Omasuyos se había trasladado Mariano Tupac Amaru con Juan de Dios Mullupuraca, Dionisio Apaza y un Catari, con la intención de llegar a La Paz, arrasarla y liberar a Miguel Bastidas y a sus coroneles. El declarante venía con ellos y en la noche del 2 de diciembre, cuando atacaban a unos mestizos, aprovecho para huir a pie y descalzo por los cerros de Chinchayapampa para presentarse al comandante.

Ya en la tarde del 6 de diciembre llego hasta el campamento Sebastián Seguro, acompañado de los oficiales de plana mayor de La Paz. Reseguín mando formar a la tropa y le hizo reconocer como comandante general. Se acordó que se alojaría en el pueblo de Pucarani, guardando dos cañones y que los restantes se remitieran a La Paz con todos los pertrechos y efectos sobrantes. Mientras Seguro acabara de pacificar a los pueblos de Collana y Rio Abajo, quedaría al mando de la tropa de Mariano Ibáñez. Atendería también los problemas que se suscitaran en las provincias recientemente pacificadas.

Reseguín tuvo la satisfacción de saber, antes de su regreso, que las provincias quedaban bastante quietas y que los cabecillas rebeldes habían procurado en vano suscitar nuevos alborotos, que no tuvieron éxito por la resolución de os indios perdonados, y cansados de la guerra, de no responder a nuevas convocatorias.

Antes de que el comandante partiera, dice Esteban de Loza, la tropa le manifestó su sentimiento “por la ausencia de un comandante que hasta aquel día la había acompañado en tantas victorias y ventajas conseguidas por las armas del Rey en la expedición que había dirigido” (ibid.: fol. 61). Otro tanto manifestaron los indios unidos y alistados para servir a la tropa, “quienes dieron a entender en aquella ocasión lo mucho que le amaban”

El 7 de diciembre Reseguín se puso en marcha, aunque estaba ya bastante fatigado por sus dolencias, Loza, que le acompañaba, añade en su diario que tuvo la satisfacción de

comprobar que el vio “el fruto de sus tareas porque muchos centenares de indios estaban tendidos por aquellos campos trabajando y cultivando las tierras con suma tranquilidad y confianza, la que debían a la incesante fatiga y cuidado de este animoso oficial [...]” (ibid.).

En los pueblos de Calamarca, Ayo Ayo y Sica Sica “lo recibieron con las mayores demostraciones de alegría y agasajo, presentándose alegres, con distintas danzas de su uso y costumbre, esmerándose en obsequiarle por cuantos modos alcanzaron” (ibid.).

Por último, llegaron a la villa de Oruro el 11 de diciembre. Algo recuperado, el comandante Reseguín siguió en Cochabamba a procurar su entera salud.

Así termina su diario de Esteban de Loza, el 22 de diciembre de 1781.